

Adam Ployd. *Augustine, the Trinity, and the Church: A Reading of the Anti-Donatist Sermons*. New York: Oxford University Press, 2015. Pp. 225. ISBN 978-0-19-021204-0.

El autor, el Dr. Adam Ployd, vive en St. Louis, Missouri, Estados Unidos, es diácono de la Iglesia Metodista Unida y profesor de historia de la iglesia y teología histórica. Su reciente libro sobre la “eclesiología trinitaria” de Agustín es parte de la serie de Estudios Oxford en Teología Histórica. La obra contiene una introducción, seguida de cuatro secciones: (a) Conocer y amar; (b) El cuerpo de Cristo, (c) El amor del Espíritu Santo; y (d) La unidad del bautismo. Completan el libro la conclusión, la bibliografía y tres índices (de nombres, de temas, y de citas de Agustín y citas bíblicas).

Consciente de que hoy la iglesia es vista con insatisfacción y desagrado, el libro se enfoca en la eclesiología de Agustín, quien piensa en la iglesia como obra de la gracia de Dios que une al cuerpo de Cristo a través del Espíritu, quien es el amor de Dios. En especial, la obra expone esa yuxtaposición agustiniana de argumentos trinitarios y eclesiológicos. Más que en otras de sus conocidas controversias (con maniqueos, pelagianos y arrianos), es contra los donatistas que Agustín habla de la unidad de la iglesia y de la eficacia de los sacramentos. Solo que el autor piensa más en Agustín como predicador que como polemista, ya que elabora una apología con el propósito de edificar la iglesia. El objetivo de la obra es claro desde el inicio: “Éste libro explora cómo la teología trinitaria de Agustín y su doctrina de la iglesia están interrelacionadas” (p. 1). Y dentro de la eclesiología se enfoca en un punto: su defensa de la unidad caritativa de la iglesia contra la postura rigorista de los donatistas del norte de África. El marco es específico: los cuarenta y un sermones expositivos predicados por Agustín durante siete meses entre los años 406-407, la mayoría de ellos contra los donatistas. Dichas homilías exegéticas exponen básicamente los Salmos 120 a 134 (o 119 a 133 en algunas versiones), conocidos como los Salmos de ascensión, además de Juan 1, y 1 Juan. Esta eclesiología antidonatista y procatólica edifica sobre la comprensión pronicena de la Trinidad, con la idea de que la iglesia es una expresión de la unidad con la que opera la Trinidad. He aquí la tesis del libro de Adam

Ployd: exponer la eclesiología antidonatista de Agustín en su apropiación de la teología latina pronicena, con el fin de establecer la vida de la iglesia como una manifestación y una participación en la vida de la Trinidad.

El autor exhibe la eclesiología trinitaria de Agustín presentando en el primer capítulo su desafío de conocer y amar al Dios triuno a través de la participación en la iglesia, lo que se denomina “epistemología moral”. Ya en los capítulos 2 al 4 expone el uso agustiniano de la exégesis y los principios pronicenos (preocupado con las Escrituras) al construir su concepto de iglesia. Entiende que la unidad de las personas divinas lleva a la unidad de la iglesia, no por causa de un paralelo ontológico, sino por la participación de la comunidad eclesial en la vida de la Trinidad. El argumento de la iglesia como el cuerpo de Cristo en el segundo capítulo indica que al participar de la unidad de la iglesia los cristianos son unidos a Cristo. En el capítulo tercero, Agustín conecta la vida de la iglesia a la vida de la Trinidad y la unidad al amor del Espíritu Santo. El cuarto capítulo discute la validez y la eficacia del bautismo por el cual la iglesia es incorporada a la vida de la Trinidad.

Es oportuno añadir aquí algún detalle adicional. La “epistemología moral” del capítulo 1 conecta el conocimiento y el amor en referencia a Cristo y la Trinidad como la manera en que Agustín articula su eclesiología. La predicación de Agustín es llamada “psicagógica” porque es intelectual (mente) y afectiva (deseo), así la “epistemología moral” es integral a la teología de Agustín sobre la Trinidad y la iglesia. Dicha epistemología requiere contrastar lo material, lo temporal y lo creado, con lo espiritual, lo eterno y lo no creado. “Esta epistemología moral une la teología trinitaria de Agustín y la eclesiología anti-donatista en un solo discurso teológico en nuestra serie de sermones” (p. 23). En consecuencia, la predicación de Agustín se concentra en mover el pensamiento de su audiencia de lo material a lo espiritual. Interpreta, por ejemplo, la Jerusalén de los Salmos de ascensión como la ciudad celestial, de la cual la iglesia participa, porque la identidad teológica de la iglesia terrenal la une a la Jerusalén celestial. Esa “epistemología moral” trinitaria demanda una disposición primaria de humildad, de la que los donatistas carecían, cayendo en una falla epistemológica. En definitiva, Agustín relaciona la Trinidad con la

iglesia, en la comprensión que identifica la iglesia terrenal con la Jerusalén celestial.

La incorporación al cuerpo de Cristo, la iglesia, enseñada por Agustín, es presentada en el capítulo 2, al mostrar cómo esta reforma de la mente y de los deseos “se produce a través de la obra del Dios trino en la iglesia que es el cuerpo de Cristo” (p. 56). En la eclesiología trinitaria de Agustín, la iglesia expresa la vida y la obra de la Trinidad, independientemente de la condición moral de los obispos o la integridad de la comunidad eclesial. Agustín aplica principios pronicensos (exégesis) para identificar la unidad de la iglesia con la unidad del cuerpo de Cristo (de la cual los donatistas se separaban), lo que sería una epistemología cristológica. Agustín apela a una exégesis cristológica prosopológica (del griego *prósopon*, persona) para interpretar los Salmos de ascensión. Este método gramatical le permite describir la relación entre Cristo y la iglesia. Así, habla de la ascensión de la iglesia en el Salmo 122,1 (a la luz de su lectura epistemológica de Jn 3,13) y de la unidad de los miembros en el cuerpo único de Cristo para ascender con él. Se exhorta a donatistas a unirse al cuerpo eclesial de Cristo deponiendo el orgullo y la falta de amor. Agustín usa Hch 9,4 y Col 3,1-4 para ilustrar que la iglesia está incorporada en el Cristo que asciende de Jn 3,13. En suma, hay una presencia de Cristo en la tierra por su iglesia y una presencia de la iglesia con Cristo en el cielo en el presente, en ese movimiento de lo material a lo espiritual. Se sugiere una correlación inevitable entre el amor a Dios y a la iglesia. La teología de Agustín piensa en la iglesia como el cuerpo unido de Cristo que asciende a Dios. La teología trinitaria y la eclesiología de Agustín se encuentran en ese dato epistemológico de la iglesia como cuerpo de Cristo.

En el capítulo tres, el autor pasa de la cristología a la pneumatología, para señalar la manera como el amor del Espíritu Santo establece la unidad de la iglesia, el cuerpo de Cristo, tal como aparece en las homilías de Agustín. El obispo de Hipona habla del Espíritu como el eterno amor mutuo del Padre y del Hijo, el mismo amor que hace posible la unidad de la iglesia. Decía Agustín que “el Espíritu Santo es la caridad de Dios” (p. 127). Enfatiza así la unidad por sobre la pureza de la iglesia. Del texto clave de Hch 4,32 desprende la relación entre la unidad eclesial y la unidad

trinitaria, en tanto la identificación del Espíritu con el amor lo encuentra en Ro 5,5. La herejía donatista radica en su alejamiento de la unidad de la iglesia y del amor. En su paralelo entre la unidad eclesial (todavía imperfecta) y trinitaria por el amor, Agustín cita también Jn 10,30 y Ef 4,4-5. En la homilía de Agustín sobre el Sal 133,2, el aceite es un símbolo del Espíritu, Aarón un símbolo de Cristo y la túnica un símbolo de la iglesia. El aceite es dado por Cristo a los apóstoles y de ellos a la iglesia. Contra los donatistas que acusaban a la iglesia de traición ante las persecuciones del imperio, Agustín opone la imposibilidad de participar del amor permaneciendo fuera de la iglesia. “La unidad de la iglesia es una participación en la unidad de Dios, a causa de que el mismo Espíritu quien es el amor unitivo del Dios triuno une la iglesia” (p. 141). Agustín concluye que la unidad de la iglesia descansa en el don del Espíritu antes que en la pureza o en la impecabilidad de la iglesia.

El capítulo cuatro trata de la operación de las personas divinas en su relación con el bautismo (tema esencial de disputa en el cisma donatista) y con la doctrina de la iglesia. Aquí Agustín argumenta que es Cristo, no el obispo, quien en verdad bautiza con el Espíritu Santo (validez) y que el bautismo es una operación de Dios triuno (eficacia). Los sermones se apoyan en Jn 1,33, antes que en Jn 20,22-23, como se ve en Cipriano y los donatistas. En Agustín, la iglesia trasciende a la realidad histórica y por ello la unidad es consecuencia del bautismo efectivo antes que del estado moral de los obispos o la condición eclesial. El libro contrasta el interés donatista en la santidad del obispo y de la iglesia para asegurar la presencia del Espíritu Santo con la idea de que es Cristo quien da el Espíritu en el bautismo. “El don del Espíritu Santo no es un acto de la iglesia institucional o histórica. Es un acto de Dios. Por causa de esto, la relativa pureza del obispo o de la comunidad entera no importa” (p. 152). Fuera de la iglesia, el bautismo es válido, pero no efectivo, porque no cultiva el amor. La misma apariencia del Espíritu como paloma (Cant 6,8) habla de su simplicidad y unidad moral, en paralelo con la unidad eclesial y la simplicidad de Dios. El bautismo efectivo demanda un regreso a la única iglesia verdadera. Al final, Agustín redefine la naturaleza del bautismo y de la iglesia como expresiones de la unidad de la Trinidad. El bautismo es obra

divina, no episcopal o eclesial, por tanto independiente de la condición de la iglesia. Por el bautismo válido y efectivo, la iglesia es incorporada a la vida de la Trinidad.

Los lectores del libro de Adam Ployd pueden apreciar la eclesiología trinitaria de Agustín, quien usa principios y exégesis pronicenos en la serie de sermones antidonatistas de 406-407. La eclesiología antidonatista de Agustín es trinitaria. La iglesia es el cuerpo de Cristo, cuya unidad se funda en el amor de Dios que es el Espíritu mismo, unidad que resguarda la validez del bautismo. La epistemología moral (conocimiento y amor) lleva a la iglesia a la contemplación del Dios triuno. La unidad, consecuencia del accionar trinitario, es posible por medio de la incorporación al cuerpo de Cristo por el amor del Espíritu en el bautismo.

Augustine, the Trinity, and the Church es un libro de interés académico en el área de la teología histórica. Su autor es didáctico, generalmente claro, amén de enfático en su reiteración de las ideas principales. Se usa un lenguaje informal en la sólida presentación del tema y los conceptos son apoyados en abundantes notas de pie de página. La obra, escrita en primera persona, está orientada a un interés especializado en la teología de Agustín, mas con beneficio para la eclesiología en general y para la actual discusión sobre la relevancia de la iglesia. El autor sigue la tendencia erudita creciente de enfatizar la centralidad de la Escritura en el pensamiento de Agustín, si bien la insistencia agustiniana en dividir la realidad material de la espiritual lo identifica con su costado filosófico. Esa vinculación entre la iglesia y la Jerusalén celestial encierra cierta reminiscencia de la idea platónica de los dos mundos. En su entusiasmo por examinar la exégesis bíblica de Agustín, el autor deja de señalar la metodología alegórica empleada en la exposición de los Salmos de ascensión. Podría advertirse además que la construcción teológica de Agustín no sería posible sin una postura sacramentalista y sacerdotalista, unida a la doctrina de la sucesión apostólica. Es claro que el autor conoce bien los estudios existentes sobre la teología de Agustín y que sobre ellos construye su propuesta. Su dominio de la historia eclesiástica y de la patristica le permite evaluar la teología de Agustín en su desarrollo del pensamiento de los teólogos latinos pronicenos antecedentes. Bien puede recomendarse este trabajo,

relativamente breve, a los lectores interesados en la teología de Agustín, en particular en su “eclesiología trinitaria”.

Daniel Oscar Plenc,
Seminario Latinoamericano de Teología,
Facultad Adventista de la Amazonia,
Belém do Pará, Brasil

Stanley E. Porter y Andrew W. Pitts. *Fundamentals of New Testament Textual Criticism*. Grand Rapids, Estados Unidos: William B. Eerdmans Company, 2015. Pp. 202. ISBN 9780802872241.

Stanley Porter es rector, decano de la Facultad de Teología y profesor de Nuevo Testamento en el McMaster Divinity College de Ontario, Canadá. Su vasta labor bibliográfica, como autor, coautor y editor, produjo libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

Andrew W. Pitts es profesor adjunto en el área bíblica en la Universidad Hope International, en Fullerton, California, Estados Unidos. También se ha destacado como autor y coautor de varias obras y artículos acerca de distintos aspectos lingüísticos del Nuevo Testamento.

El libro consta de trece capítulos, un apéndice de herramientas para la profundización del estudio crítico textual y dos índices, uno de autores modernos y otro de fuentes antiguas.

Como sus mismos autores lo anuncian desde la introducción misma, esta obra está deliberadamente a mitad de camino entre los textos más elementales, que a menudo pasan por alto cuestiones técnicas importantes de la crítica textual, y los textos dedicados a los especialistas familiarizados con la disciplina y plenamente equipados para su ejercicio.

El primer capítulo se ocupa de las diferencias entre el modelo tradicional de la crítica textual como arte y ciencia de la reconstrucción de un texto, y el modelo sociohistórico, cuyo principal interés no es recuperar en lo posible las palabras originales de un escrito, sino más bien trazar el